

pero no por ayuda mía; ya basta con lo que sobre mi conciencia tengo.

Dejó de reflejar la lumbre en los cabellos negros, en el altivo rostro, en los ojos ardientes; Enriqueta sintió libre su brazo, y en el sitio donde estuvo Alicia de rodillas ya no había nadie.

CAPÍTULO LIV

LOS FUGITIVOS

Hora, cerca de media noche. Sitio, un apartamento á la francesa compuesto de media docena de habitaciones, un oscuro pasillo y recibimiento á la entrada, un comedor, una sala, un dormitorio, y un gabinete pequeño y separado de las demás piezas. La entrada á estas habitaciones tiene una puerta de dos hojas que da á la escalera; pero, además, cada habitación comunica, no sólo con el cuarto inmediato, sino con otro pasillo interior por donde corresponden con unas estrechas escaleras conducentes al pasadizo, fuera de uso, de la planta baja. El apartamento forma parte del primer piso de un hotel, tan grande que estas habitaciones no llegan á representar ni siquiera un lado de su patio, vasto cuadrilátero abierto en el centro del edificio.

Un aire de esplendor, suficientemente marchito para ser melancólico, y no menos suficientemente deslumbrante con mil estorbos para dificultar la vida, reinaba en aquellas habitaciones. Las paredes y techos estaban dorados y pintados, los suelos encerados y lustrosos; cortinajes de color carmesí festoneaban las ventanas, las puertas, los espejos; candelabros

nudosos y entrelazados como ramas de árbol ó astas de ciervo, se veían acá y allá por las paredes. De día, sin embargo, cuando las ventanas (ahora cerradas sus maderas) estaban abiertas y dejaban entrar la luz por todas partes, en aquellas elegancias se veían las señaladas trazas del uso, del deterioro y polvo, del sol, de la humedad y el humo. Aquellos cuartos, por largo espacio de tiempo inhabitados, sufrían de su inocupación, porque tales boatos y tales fruslerías de vida parecen sensibles, como la vida misma, y se agotan al verse abandonados lo mismo que los hombres reclusos en prisiones. Hasta de noche, á la luz de las arañas, se notaban aquellas trazas, sólo que el resplandor las hacía ocultarse precipitadamente en la sombra.

Las bujías encendidas se reflejaban en los espejos y molduras doradas del gabinete de que ya hemos hablado, única habitación del apartamento alumbrada esta noche. Visto desde el pasillo, donde alumbraba débilmente una lámpara, brillaba el gabinete destacándose en la negrura de los otros cuartos como piedra preciosa engarzada en el anillo de las puertas. En el centro de aquella zona luminosa se encontraba una mujer muy bella, era Edith.

Estaba sola. Desdeñosa y altiva como siempre. Algo más pálida. Un poco más abiertos y más brillantes al parecer los ojos, pero invariable su actitud altanera. No parecía avergonzado su rostro, no inclinaba la cabeza bajo el peso de arrepentimiento ninguno. Imperiosa y soberbia, sin cuidarse para nada de sí misma ni de los demás, estaba sentada mirando con sus negros ojos al suelo. Esperaba.

Ni libro, ni labor, ni ocupación de ningún género, fuera de sus propios pensamientos, con que distraer

el tiempo. Algún propósito bastante firme para absorber su atención entera la embargaba. Apretados los labios, si algún instante los aflojaba, se movían nerviosos. Su respiración anhelosa y sus manos cogidas fuertemente una á otra denotaban de qué manera aquel propósito laboraba en su pecho. Estaba sentada y esperando.

Al oír que se abría la puerta y sentir pasos en el recibimiento, Edith alzando la voz preguntó :

— ¿Qué es eso?

La contestaron en francés, y entraron dos hombres con ruido de platos y servicio para poner la mesa (1).

— ¿Quién ha pedido eso? — preguntó Edith.

— El señor, al tomar el cuarto. El señor no ha estado aquí más que una hora y se marchó dejando una carta para la señora. ¿La ha recibido la señora?

— Sí.

— Mil perdones. Temía que la hubieran olvidado.

Quien hablaba de esta manera era un hombre calvo con grandes patillas. Continuó :

— El señor ha pedido la comida para las siete, añadiendo que prevenía á la señora, por la misma carta, de las órdenes que nos daba. El señor ha tenido á bien encargar esta comida á nuestro restaurant « La Cabeza de Oro ». Esperamos que el señor quedará completamente satisfecho de nuestro servicio y que no tendrá motivos para sentir en lo más mínimo el habernos dispensado el honor del encargo.

Edith no contestó; siguió pensativa mientras po-

(1) En los siguientes diálogos intercala el autor algunas palabras en francés para mayor carácter local sin duda. Nos ha parecido que pueden traducirse sin menoscaba del estilo.

nian la mesa para dos cubiertos. Cuando estuvieron puestos los platos, vasos y botellas, se fueron los sirvientes. Entonces se levantó Edith de su asiento, pasó á la sala y, alumbrándose con una lámpara que cogió de su gabinete, examinó de modo minucioso las puertas. Fijóse sobre todo en la puertecilla de escape que daba al pasillo interior. Abrió esta puerta, quitó la llave que estaba por la parte de adentro, la puso por la parte que daba al pasillo y, hecho esto, se volvió tranquilamente al gabinete.

Los dos hombres volvieron, el calvo de las grandes patillas, y el otro un mozo enteramente afeitado. Cuando ya no faltaba nada en la mesa, el de las patillas volvió á dirigir la palabra á la señora, preguntándola si tardaría en venir el señor.

— No lo sé. ¿Qué más da?

— Perdón, señora. La comida ya está. Hay que servirla sin demora. El señor (que habla el francés como un ángel, ó como un francés, que es lo mismo) ha insistido en la puntualidad. Inglaterra es el país de la puntualidad. ¡ Ah! ¿Qué ruido es ese? Sí... es el señor. Ya está aquí. Eso es.

Efectivamente era el señor. Habiale abierto la puerta el criado afeitado y venía cruzando las habitaciones oscuras. No se veía más que una dentadura blanca que avanzaba. Cuando entró en el santuario luminoso se le vió por completo. Dió un beso á la señora, hablándola en francés y llamándola su mujercita.

— ¡ Dios mío!... ¡ La señora se pone mala! ¡ Se desvanece por el júbilo!

Esto dijo el hombre de la cabeza calva.

Pero no pasó nada. Fué un ligerísimo vahido. Aún no había concluido aquellas palabras el criado, y ya

estaba Edith impasible, apoyada la mano en el respaldo aterciopelado de un sillón, erguida y majestuosa.

— Francisco ha ido en busca del servicio. En estos casos, más que correr, vuela como un ángel ó un pájaro. El equipaje del señor está en su cuarto. Vamos á servir la comida al instante.

Esto lo dijo el mismo calvo, acompañando las palabras con amable sonrisa y grandes reverencias.

Llegó la comida. Los fiambres quedaron puestos en la mesa; los platos calientes en braserillos encendidos; en el aparador la vajilla y los cubiertos de repuesto. El señor se manifestó satisfecho de todos estos preparativos; aún lo estuvo más al observar que la mesa era pequeñita. Entonces dijo á los sirvientes que podían retirarse y dejarlos solos, pues él serviría los platos.

— Perdón — repuso cortésmente el calvo; — pero eso es imposible.

El señor fué de otro parecer; insistió en que no necesitaba á nadie.

— Pero, ¿y la señora? — objetó el mayordomo.

— La señora tiene su doncella y no necesita á nadie más.

— Mil perdones; pero la señora no tiene doncella.

— He venido sola — dijo Edith. — He preferido venir sola. Estoy acostumbrada á viajar; no necesito acompañantes. No me hace falta nadie.

El señor lo estimó de igual modo, y, perseverando en su propósito, despidió á los criados. Los siguió hasta la puerta y, cuando salieron, cerró dando dos vueltas á la llave. El hombre calvo se había vuelto en el momento de salir para hacer una reverencia, y

había visto que Edith seguía de pie con la mano en el respaldo del sillón y mirando, no al señor, sino como si hubiera alguien delante, ante ella.

Al oír el ruido de la llave, que repercutió en el pasillo como en hueco, sintió Edith un estremecimiento. En aquel instante dieron las doce en el reloj de la Catedral vecina. Carker se detuvo en el pasillo como para contar también las campanadas. Luego siguió hacia el gabinete, cerrando una tras otra las puertas de las habitaciones según iba pasándolas. Por un momento quitó Edith su mano del sillón, para poner á su alcance un cuchillo de encima de la mesa. Luego volvió á su posición.

— Extraña idea la de venir aquí sola, querida mía — dijo Carker entrando.

— ¿Cómo? — repuso Edith.

Tan áspera fué la voz de Edith, tan fiero su movimiento de cabeza, tan sombrío el fruncir de sus cejas, que Carker se quedó parado ante ella con la lámpara en la mano mirando sin saber qué haría. Al fin dejó la luz encima de la mesa y, volviendo á su sonrisa afable, añadió:

— Decía que me extraña el que se haya usted atrevido á venir aquí sola. La precaución no era necesaria y más bien ha podido perjudicarnos. Fácilmente pudo tomar usted una criada en el Havre ó en Rouen; sobraba tiempo para ello, aunque sea usted la más caprichosa (como es la más linda) de todas las mujeres.

Brillaron los ojos de Edith de una manera extraña; pero no hizo movimiento ninguno, y siguió con la mano en el respaldo del sillón sin pronunciar una palabra.

— Nunca la he visto á usted tan hermosa como lo

está esta noche — dijo Carker. — Hasta la imagen que he llevado de usted en mi mente durante la cruel prueba, y que he contemplado en mis adentros día y noche, hasta esta imagen me parece inferior á la realidad que contemplo.

Ni una palabra, ni una mirada: sus ojos se hallan disimulados por las pestañas largas y frondosas; pero Edith sigue con la cabeza altivamente erguida.

— Duros, implacables han sido los términos convenidos, pero ya están más que satisfechos — dijo Carker sonriendo — y así será más delicioso y más seguro el presente. Iremos á Sicilia: allí en aquella suave y apacible parte del mundo estableceremos nuestro amante retiro; compensación de nuestra esclavitud pasada.

Adelantóse alegremente hacia Edith: ésta en un instante echó mano al cuchillo que había puesto á su alcance en la mesa y dando un paso atrás exclamó:

— ¡Quieto ó le clavo!

Aquel ademán, aquella intensidad de ira que desbordaba por los ojos de Edith hizo en Carker el efecto de un relámpago, dejándole como deslumbrado y sin movimiento.

— ¡Quieto — volvió á exclamar Edith — y no se acerque usted á mí, si le importa su vida!

Ambos estaban de pie, frente á frente, mirándose.

La rabia y el asombro se revelaron en el rostro de Carker, pero conteniéndose y suavizando el tono de su voz, dijo:

— ¡Ea, ea! No hay nadie que nos oiga, estamos solos. Supongo que no tendrá usted la pretensión de asustarme con esos artificios de virtud.

— ¿Piensa usted que voy á cambiar de propósito — repuso bravamente Edith — por esa idea de que

nos encontramos solos? ¡Pues si justamente he querido venir sola! ¡Miedo yo? ¿De usted...? ¡Vamos...! Si hubiera querido, nada más fácil que evitar este encuentro. ¿Comprende usted? A tener miedo no hubiera venido aquí sola, de noche y no me atrevería á decir á usted lo que le digo, cara á cara.

— Pero ¿qué la sucede? — dijo Carker — ¿Qué le pasa á mi hermosa incomodada? Porque más hermosa está usted incomodada que cualquier otra mujer en actitud amable.

— No añadiré ni una palabra — dijo Edith — hasta que torne usted á su silla. Lo único que hago es repetirle que si da un paso más, si trata de acercarse á mí le juro, como hay Dios, que le mato!

— Señora... señora ¿me ha tomado usted por su marido? — exclamó Carker como si no juzgara en serio la escena.

Edith no contestó : desdeñosamente señaló con el dedo la silla. Carker frunció el ceño, pero se echó á reír y entre avergonzado é indeciso volvió á sentarse como se lo mandaba Edith y simulando que le hacía mucha gracia el capricho.

Edith dejó el cuchillo en la mesa y llevándose la mano al pecho dijo :

— Tengo aquí cierta baratija que no es cosa de amor. Antes que permitirle á usted tocarme estoy resuelta á hacer uso de esto... ¿comprende usted? Tan serena como si tratara de matar un reptil.

Carker volvió á reír y prescindiendo de aquellas amenazas rogó á Edith que se acercara para comer, porque la comida se enfriaba. Pero la mirada que disimuladamente dirigió á Edith y la patada en el suelo que se le escapó con un juramento entre dientes, revelaron su ira.

— ¿Cuántas veces me ha insultado usted, me ha ultrajado con impudente audacia? — dijo Edith. — ¿Cuántas veces con sus maneras mansas, sus palabras y miradas burlonas me ha echado usted en cara mis relaciones y casamiento? ¿Cuántas veces ha puesto usted al descubierto y ha lacerado mi cariño por aquella inocente y maltratada niña? ¿Cuántas veces ha atizado usted el fuego que me devora hace dos años, incitándome á desesperada venganza cuando más atormentada me veía?

— Yo no sé cuántas veces, señora — contestó Carker — pero supongo que habrá echado usted la cuenta y yo la doy por buena. Venga usted acá Edith. Déjese de esas cosas que podían hacer efecto sobre el tonto de su marido, pero...

— ¿Pero qué? — interrumpió Edith mirando á Carker de una manera tan depreciativa que le empequeñecía por muy bravo que pareciese. — Aunque yo no hubiese tenido más razones para despreciar á mi marido, aunque todas las demás razones se hubieran disipado como el humo al soplo del viento, una hubiera bastado para mantener mi desprecio y era el verle servirse de un hombre como usted!

— ¿Por esto se ha escapado usted conmigo? — dijo burlonamente Carker.

— Sí señor; por eso. Para verle á usted, por última vez, frente á frente ¡Miserable! Nos vemos esta noche y me marcho esta misma noche. No seguiré aquí ni un momento después de decirle lo que me propongo.

Lanzó Carker su más agresiva mirada, agarró el borde de la mesa con las manos; pero ni se puso de pie ni amenazó de otra manera.

— Soy una mujer que desde su niñez aprendió á no tener pudor ni sentimientos delicados. Fui ofrecida y

rechazada, puesta á precio hasta que se extenuó verdaderamente mi espíritu. Si tuve algunas buenas cualidades, algún agrado, no me sirvieron para nada: estimáronse nada más que para ponerme mayor precio: me vendían en pública subasta. Mis pobres y orgullosos parientes vieron todo esto y lo aprobaron: tal es la razón que me ha hecho romper todo vínculo moral con ellos. Ni uno solo de esos parientes míos me inspira hoy más interés que un perro. Estoy sola en el mundo, me acuerdo de cómo se ha portado el mundo conmigo y de qué manera he procedido yo con él. Usted sabe todas estas cosas: usted sabe que mi reputación me tiene completamente sin cuidado.

— Sí, sí; me lo imagino — dijo Carker.

— Y con eso ha contado usted para perseguirme — añadió Edith. — A cuantos esfuerzos se hacían para convertirme en lo que al fin me han convertido, solamente oponía yo la indiferencia. Y como yo sabía que casándome pondría término á tantas solicitudes fatigantes, me dejé adjudicar lo mismo que cualquiera mujer de las que apresadas con una cuerda al cuello se venden en mercado de esclavos. Usted sabe esto.

— Sí, señora; lo sé — repuso Carker enseñando toda su dentadura.

— Y contando con esto — añadió Edith — me ha perseguido usted. Desde el primer momento, desde el mismo día de mi boda, comprendí las solicitudes de usted, leyéndolas en su infame rostro lo mismo que si las llevara usted escritas en un papel y me lo entregara usted al darme la mano. Era la única humillación que me faltaba. Y mi marido, ¡era mi marido quien me sometía á esta vergüenza! Expulsada por ustedes dos de todos mis refugios, obligada por ustedes dos á despojarme de los últimos restos de

bondad y de amor que en mí había, si no quería ser causa de desgracia para el mismo inocente objeto de mi afecto, empujada del uno al otro, acosada por ambos, he acabado por aborrecer á los dos con la misma ira. Y yo no sé á cual de ustedes odio más, si al amo ó al criado!

Allí estaba, de pie, Edith, triunfante en su indignada belleza. De aquella resolución indómita bien se dió cuenta Carker: bien vió que no le tenía más miedo que si se tratara de un gusano.

— ¿Para qué hablar á usted de honor ni de castidad? ¿Qué entiende usted de eso? ¿Ni qué valor pueden tener esas palabras, procediendo de mí? Y si yo le dijera á usted que el más leve contacto de su mano me hiela la sangre, que le odio desde el instante en que por primera vez le vi y que para mí es usted la persona más aborrecible de la tierra ¿qué tal?

— ¡Ah, ah! mi reina... — contestó Carker sonriente.

— Aquella noche en que envalentonado por la escena que tuvo lugar en su presencia vino usted á mi cuarto á hablarme ¿qué pasó?

Carker se encogió de hombros y volvió á sonreirse.

— ¿Qué pasó? — tornó á preguntar Edith.

— Tiene usted tan buena memoria — contestó Carker — que bien me puedo fiar de ella.

— Sí señor, la tengo — repuso Edith. — Escuche usted. Me propuso usted esta fuga, es decir, no esta fuga, como es, sino tal como usted la veía. Me dijo usted que estaba en su mano el revelar nuestras entrevistas, el hecho de haberle recibido á solas diferentes veces, la confesión en usted depositada de mi aborrecimiento á mi marido, de la poca estima de mí misma: que yo estaba perdida, que había dado á

usted el poder de infamar mi nombre y que mi reputación se encontraba á merced suya.

— Ardides de amor — dijo Carker sonriente. — El proverbio de siempre...

Edith prosiguió :

— Aquella noche tuvo término la lucha que venía sosteniendo yo con no sé qué; con algo como el respeto á mi decoro, que no era precisamente el decoro sino como una sombra de éste, acogida en el último rincón de mi alma. A partir de aquel instante, no hubo lucha: no hubo más que rencor y cólera. Aseté un golpe que ha hecho polvo al amo y que le ha puesto á usted ahí, donde está, delante de mí, sabiendo lo que quiero decir y mirándome.

Carker se puso en pie, lanzando un juramento. Edith llevó la mano al pecho: no la tembló ni un dedo; no se movió ni un pelo en su cabeza. Ambos erguidos, frente á frente, separados por el sillón y por la mesa. Edith, señalando á Carker con el dedo, prosiguió.

— Ese hombre es el que osó acercar sus labios á los míos aquella misma noche; el que me estrechó entre sus brazos como aquí también lo ha hecho. No olvidaré nunca la mancha que en mi mejilla dejaron sus labios: en la mejilla donde reclinaba su cabeza la inocente Florencia: no olvidaré nunca mi tropiezo con esta pobre niña, justo cuando más quemaba mi rostro aquella mancha y cuando yo me daba cuenta de que si bien con mi huida los libertaba de la persecución que mi amor la causaba también con ello hacía recaer sobre su nombre la vergüenza del mío. Más fácil que olvidar todo esto sería no acordarme de mi suplicio durante dos años, deshacer todo lo hecho y seguir fiel á mi marido.

Volvió Edith á concentrar su mirada en Carker, al mismo tiempo que con la mano izquierda le alargaba unas cartas.

— Vea usted eso — dijo desdeñosamente Edith — usted me ha dirigido esas cartas bajo el falso nombre adoptado: unas en el camino, otra de ellas aquí. No las he abierto. Se las devuelvo intactas.

Estrujó Edith las cartas y las arrojó al suelo y al mirar nuevamente á Carker, añadió:

— Esta noche nos separamos. Usted soñó con días sensuales en Sicilia. Le hubiera tenido á usted más cuenta seguir con su papel de adulator y de traidor: se hubiera hecho más rico. Paga usted su voluptuosidad bastante cara...

— ¡Edith! — repuso Carker amenazando con la mano. — Ya basta. Siéntese. ¿Qué diablo la ha agrado?

— Un diablo no: una legión de diablos — contestó Edith irguiéndose todavía más como si se dispusiera á saltar sobre Carker y á aplastarle. — Usted y su amo los han evocado en lugar donde ahora se hallan bien: ellos despedazarán á ustedes dos. Falso para con él, falso para con su inocente hija, falso siempre y en todas partes; envanézcase de mí, alábase por fuera; pero aquí rechine usted los dientes y esta vez aprenda lo que puede costarle el mentir.

Carker, en actitud amenazadora, miró en derredor como si buscara alguna manera de dominar á Edith; pero ésta continuó inalterable.

— Todo lo que á usted le envanece — prosiguió Edith — es también triunfo mío. He elegido á usted porque es el hombre más innoble que conozco, el parásito y el instrumento del más fiero tirano: así la herida es más profunda y más envenenada. Envanéz-

case usted como si realmente hubiera conseguido una gran victoria : es mi propia venganza. Ahora ya sabe usted qué ha venido á hacer aquí esta noche : ahora ya sabe usted qué misión tiene : se ve usted mismo con los colores despreciables que presenta á mi vista. Envanézcase usted : será mi venganza de usted mismo.

Carker echaba espuma por la boca : el sudor le caía por la frente. Si Edith hubiese flaqueado un instante, Carker la hubiera agarrotado : pero estaba firme y serena como una roca, sin quitarle los ojos de encima.

— No nos vamos á separar así — dijo Carker. — ¿Cree usted que me he vuelto tonto?

— ¿Y se figura usted que va á detenerme? — repuso Edith.

— Lo intentaré, hija mía — dijo Carker con amenazador movimiento de cabeza.

— ¡Dios le guarde á usted de acercármeme! — replicó Edith.

— ¿Y qué diría usted si en lugar de envanecerme con lo que usted supone volviera del revés lo hecho? Veamos — dijo Carker luciendo nuevamente los dientes. — Hagamos un convenio ó me obligará usted á que salga por donde menos se lo espera. Siéntese usted, siéntese.

— ¡Ya es tarde! — repuso Edith, centelleándola los ojos. — He arrojado á los vientos mi reputación y mi nombre. Estoy resuelta á sufrir el deshonor que me acompaña — resuelta á sabiendas de que este deshonor tiene una base falsa. — Usted así lo sabe, pero él lo ha de ignorar siempre. Por esto he venido en busca de usted, haciéndome pasar por su mujer; por esto me he quedado sola con usted, por esto me he dejado

ver de la gente. Ahora no hay nada que le pueda salvar á usted

Hubiera vendido Carker su alma al diablo por ver á Edith clavada allí, en el suelo, en toda su belleza, con los brazos caídos y en disposición de sometersele. Pero no podía menos de mirarla y al mirarla no podía menos de tenerla miedo. Aquella resistencia era invencible : tratábase de una mujer desesperada. La veía que con intención para él clarísima se llevaba la mano al pecho y comprendía que si el tiro contra él fallaba no vacilaría Edith en volver contra si misma el arma.

No se aventuró á acercarse á ella, pero se volvió á cerrar con llave la puerta por donde había entrado.

— En conclusión : oiga usted mi consejo — dijo Edith sonriéndose. — Usted ha sido traicionado, como lo son todos los traidores. Ya se sabe que tiene usted que venir aquí ó que ya ha venido. Aseguro á usted, por mi vida, que he visto pasar á mi marido por esta calle, en coche.

— ¡Eso es falso, infame! — gritó Carker.

En aquel instante sonó un campanillazo en la puerta de la escalera. Carker se puso lívido al ver que Edith había levantado la mano como evocando aquel campanillazo y le decía :

— ¿Oye usted?

Carker se apoyó de espaldas en la puerta, como si quisiera cerrar el paso á Edith, pensando que ésta iba á salir por aquel lado. Pero en un instante se volvió Edith hacia una puertecilla de escape que comunicaba con la alcoba y desapareció por ella dejándola cerrada.

Cuando Edith hubo vuelto la espalda, cuando ya no sujetaba con su mirada á Carker éste recuperó sus bríos, se imaginó que la rebelde dama se había asus-

tado por el ruido de la campanilla, lo que no tenía nada de extraño en aquellas excepcionales circunstancias. Entonces se dirigió también Carker á la puertecilla de escape y la abrió.

La alcoba estaba á oscuras : llamó Carker á Edith, y como no le contestaba, se volvió al gabinete en busca de una lámpara. Ya con luz miró por todos los rincones. Inútilmente : allí no estaba Edith. Entonces pasó Carker á registrar toda la casa : el gabinete, el comedor, la sala, los pasillos : exploró detrás de las cortinas, detrás de las mamparas y los muebles. Nada : allí no estaba Edith. Ni en el recibimiento tampoco.

Y á todo esto la campanilla no cesaba : menudeaban los campanillazos y los golpes llamando. Dejó Carker la lámpara y se acercó á escuchar á la puerta : hablaban diferentes personas y á lo menos dos en inglés. La puerta era maciza, el ruido grande, pero á pesar de todo Carker conoció sin vacilación una de aquellas voces.

Volvió á coger la lámpara, cruzó de nuevo por las habitaciones levantando la luz en alto para ver á la mayor distancia posible. Otra vez en la alcoba distinguió bien la puertecilla que comunicaba con el pasillo ; se acercó á ella y se hizo cargo de que estaba cerrada por fuera. Por allí se había marchado Edith ; el velo se la había enganchado al salir y un pedazo estaba allí, en el marco.

Los campanillazos y los golpes con las manos y con los pies eran más duros é insistentes.

No tenía nada de cobarde Carker ; pero aquel estrépito, el lugar de la escena para él desconocido por completo ; el haberle salido mal sus planes (cosa rara : si le hubieran salido bien habría sido más valiente), la

hora tardía, la imposibilidad de contar con algún amigo y más que todo la idea de que iba á encontrarse con el hombre á quien había engañado, á quien había ultrajado, todo esto hacía latir su corazón y le infundía pánico. Quiso salir por la misma puerta que Edith y no consiguió abrirla. Se dirigió á una ventana, por si le era posible saltar desde allí al patio y vió que no había modo, por la altura excesiva.

Seguían llamando — y seguía el pánico de Carker. — Por último hizo éste un esfuerzo desesperado y la puertecilla del velo se abrió, roto el pestillo. Entonces salió Carker al pasadizo estrecho y notó en su acalorado rostro el fresco de la calle. Tornó de nuevo al comedor en busca del sombrero y abrigo ; volvió resueltamente al pasillo, afirmó la puerta lo mejor que le fué posible para disimular la salida y con la lámpara en la mano echó á andar por el abandonado corredor. Llegó á la escalerilla, la bajó muy sigilosamente, apagó la lámpara dejándola abandonada en un rincón y al fin se vió en la calle á la luz de las resplandecientes estrellas.